Año LIII.-N.º 339. Barcelona, martes 5 de Diciembre de 1911. Pág. 14439

EL DILUVIO

Diario político, de avisos, noticias y decretos

EDICION de la TARDE

Redaccion: *Escudillers Blanchs, 8 bis, bajo.* { Administracion: *Plaza Real, núm 7, bajo*
Precios de suscricion: Barcelona, 1'50 ptas. (plata) al mes. Fuera, 6 id. trim. Extranj. 9 id.

NADAL (J. O.) Unico que en seis lecciones enseña los buenos principios del baile de salón. Lecciones particulares. Ciegos Boquería, 2, entl.º La casa da á la calle Boquería.

Crónica diaria.

Sociedad Astronómica de España.

La Sociedad Astronómica de España ha celebrado sesión general en el salón de actos del Ateneo Barcelonés ante numeroso auditorio en el que se destacaba numerosísima y selecta representación del bello sexo. A esta sesión asistió el ilustre director del Observatorio de San Salvador, doctor don Santiago Barberena, junto con el distinguido cónsul general de la República del Salvador en España, señor Prieto, acompañado del canciller del Consulado.

Se dió cuenta de las numerosas comunicaciones recibidas, entre las que resaltan las del director del Observatorio Astronómico de Cartuja sobre el cometa de Brooks; del señor Luis de Ocharán sobre el mismo cometa; del señor Comas Solá sobre Marte; de don E. Mier y Miura sobre un sismógrafo anulizador de su invención, así como de magníficas publicaciones del doctor Ristenpart, procedentes de Chile, de la República Dominicana, etc.

Después del despacho ordinario, el presidente, don José Comas Solá, saludó la presencia del doctor Barberena, que viene comisionado por el Gobierno de su país para informarse de los estudios sismológicos organizados en España é Italia, al objeto de establecer un servicio sísmico importante en la República del Salvador, que tanto interés ofrece para el estudio del volcanismo y de la sismología. El señor Comas Solá anunció que el próximo lunes, á las nueve y media de la noche, se celebrará, en el propio salón del Ateneo Barcelonés, una sesión dedicada al doctor Barberena, tendiendo á robustecer el vínculo de solidaridad científica entre los países de raza española.

A continuación don Alberto Carsí desarrolló algunas importantísimas consideraciones sobre la aplicación de los explosivos á la producción de terremotos artificiales, presentando, al efecto, hermosas proyecciones luminosas de grandiosas explosiones. El señor Comas Solá, apoyándose en lo dicho por el señor Carsí, puso de manifiesto cuánta importancia iban á revestir las experiencias que está organizando la Sociedad Astronómica de España para la producción de terremotos artificiales á fin de obtener, experimentalmente, datos preciosos sobre la constitución interna de nuestro planeta.

Puso fin á la sesión una notable conferencia del presidente de la Sociedad sobre la física lunar comparada á la terrestre. Empezó por demostrar cómo por procedimientos mecánicos, independientes del cálculo de paralajes, puede determinarse la distancia de la Tierra á la Luna. Hizo una comparación cosmogónica y petrográfica entre la Tierra y la Luna, aceptando, de acuerdo con el ilustre consocio don José J. Lande-

rer, que hacia el centro de la Luna dominan las rocas del grupo de las peridotitas y las porfíricas, mientras que la superficie está constituída por sustancias graníticas vitrificadas, debiendo dominar, atendido el ángulo de polarización, rocas parecidas al vitrófiro de Rodope, en los llamados mares. Hizo ver el señor Comas Solá que en la Luna aparecen bien manifiestas las leyes de presiones laterales y de recubrimientos establecida por Suess, así como las de las grandes fosas oceánicas de conformidad con Dona y Lapparent, y desarrolló diferentes procesos geológicos y sísmicos lunares, atendiendo á los puntos de vista de Loemy y Puiseux.

Terminó la conferencia con la proyección de una espléndida serie de fotografías lunares.

Gacetilla.

Telegramas detenidos en la oficina de Telégrafos por no encontrar á sus destinatarios:

Cádiz, Gumersindo Pérez, vapor *C. Elzaguirre*; Alicante, José Mallol, Villarroel, 132; París, Rey; Cartagena, Florit, Orta y Peiron, carretera San Andrés; Oborzik, Higinio Bouse, vapor *Bldah;* Madrid, Luis Plaza García, Urgel, 74, 1.°; Madrid, Emilio Corbella, palacio Exposición; Pobla, Carmen Martin, Rosellón, 20; Altea, Antonio Molt, calle del Mar, 29; Vigo, Villagómez.

En el Polígono de Montjuich se ha verificado la tirada á fusil mauser que el Tiro Nacional tenía anunciada.

Las condiciones eran á 200 metros, 15 disparos en las tres posiciones reglamentarias. Obtuvieron medallas de plata don Antonio Vázquez Aldana, con 212 puntos; don Francisco Masvidal, con 204; don Buenaventura Duran, con 175, y don Ventura Bagaría, con 172. Obtuvieron medalla de bronce don Camilo Cots, con 165 puntos; don Godofredo Ruoff, con 155; don Jaime Rodríguez Ferrer, con 159, y don Narciso Martiná, con 151. Recibieron instrucción en el manejo del mauser cinco socios de nueva entrada y cuatro en armas cortas.

El día 10, á las nueve de la mañana, habrá concurso con carabinas de salón. En éste, como en todas las tiradas que tengan lugar en lo sucesivo, podrán tomar parte las señoras y señoritas, con la prerrogativa de poder permutar por la posición de sentadas las de rodilla en tierra y tendido.

Las tiradas de Navidad tendrán lugar los días 17 de caballeros y 24 de señoras, en las condiciones que señala el programa.

En el trasatlántico *León XIII* ha marchado á Buenos Aires nuestro distinguido compañero en la Prensa don Juan de la Cruz Ferrer, redactor de *El Noticiero Universal* durante muchos años, en las columnas del cual había demostrado su vasta cultura y serenidad de juicio en la labor de crítica artística que tuvo encomendada.

Amigo y compañero ejemplar, va á la Argentina en busca de nuevo y más dilatado campo en que explayar su actividad, y donde, es innegable, que sabrá conquistarse el lugar de que, por su ilustración y amor al trabajo, es merecedor.

Ayer tarde falleció casi de repente el juez de instrucción del distrito de la Audiencia, don Gumersindo Buján y Buján, el cual á pesar de encontrarse desde hace tiempo bastante delicado acudía á su despacho todos los días.

Ayer le correspondía entrar de guardia y por hallarse indispuesto encargó al juez municipal del distrito que se encargase de sustituirle.

La Alcaldía de Montblanch hace público que á petición de muchos ganaderos y habiendo desaparecido el peligro que motivó la prohibición de concurrir ganado de pezuña á las ferias de los días 7 y 8 del actual, se permitirá la concurrencia de ganado lanar, cabrío y porcino durante dichos días, como de antigua costumbre.

Noticia de los fallecidos los días 3 y 4 de Diciembre de 1911.

Casados 10	Viudos 8	Solteros 8	Niños 6	Abortos 0	Nacidos	Varones 31
Casadas 16	Viudas 6	Solteras 5	Niñas 7			Hembras 45

Conferencias y reuniones.

La Comisión organizadora del Centro Mallorquín ha publicado la siguiente alocución:

A TOTS ES MALLORQUINS.

¡Mallorquins! ¡Honrats compatricis! La Comissió elegida per unanimitat, en reunió tengunda día 2 per numeros grupo de paysans, amb so fi de dur a cap sa constitució a Barcelona d'un Centro Mallorquín, respectuosament y amb so cor vessant de joia, vos fa a sebre que d'aquí pochs dies ja será un fet sa fundació per bé de tota sa colonia y per honra de nostra Mallorca.

Aquest, diguemhi hostal de Mallorca, constituit en s'esforç de ses classes modestes, de sa digna y numerosíssima colonia mallorquina, procurará, a mida de ses forçes, proporcionará aquell noble esplay que necessiten nostres penses, fatigades per un no interrompt trebay, tenguent sempre per Nort es foment d'una cultura sensa perjudicis y d'una amplia beneficencia, que no coneixerá preferits, per tots es nostros germans qu'es trobin desvalguts y per basc s'hermós trebay d'acostá, fins arribá a una racional compenetració, s'ánima ingenua y generosa de nostra Roqueta y s'esperit viril y noble d'aquesta Barcelona, que tan bona acuyda mos ha donat.

En noltros no cerquen prestigis, ni conegudes personalitats; hem sortit de sa massa anónima y sa nostra autoritat queda vinculada en s'amor intens que sentim per Mallorca y en sos vehements entusiasmos que mos empenyen a sa realisació de nostros ideals. No vos estrenyeu, idó, que noltros, nus no neaguns, nus inconeguts, mos considerem en més que suficienta autoritat per pregarvós vengueu a ajudarmós en sa nostra feina, a ajuntar es vostros esforsos y entussiasmos en sos nostros, inscriguent es vostro nom en ses llistes des Centro Mallorquín (carré de Tallers, número 22, 1.°) de nou a deu des vespre, y no dubtam que respondreu, perque no's pot concebre un mallorquí qu'es seu cor no gliteixi al compás d'un intens amor per aquesta Perla mediterránea, sa nostra anyorada Roqueta, l'Illa dauradada dels poetes.

Donantvós les gracies, queda a vostra disposició sa Comisió organisadora des Centro Mallorquín.—Per sa Comissió, *P. Oliver y D.*

*** Como principio á la campaña en pro de los presos por los últimos sucesos se celebrará mañana, en el local de la Saleta, San Rafael, 31, Hostafranchs, un mitin organizado por la Comisión Pro-presos, al cual se invita á todo el elemento liberal de dicha barriada. Sucesivamente se celebrarán esta semana otros que tendrán lugar en la siguiente forma:

Jueves.—Gracia, en el local del Centro Nacionalista Republicano, á las nueve de la noche.

Viernes.—Casa del Pueblo del distrito V, á las nueve de la mañana.

Sábado.—Centro Obrero del Clot, calle de Juan I.

Domingo.—En el teatro de la Marina, á las diez de la mañana.

*** La Junta de la Sociedad de obreros transportadores de bultos de los mercados de Barcelona y su radio convoca á la reunión general que tendrá lugar mañana en su local social, calle de San Pablo, 83, principal, para tratar de la reglamentación de los mercados de Barcelona.

Espectáculos.

PRINCIPAL.—Esta semana se darán las últimas representaciones de la obra de Sudermann *Magda*.

Se prepara para la próxima semana una función de obras del malogrado autor don José Feliu y Codina para solemnizar el grandioso éxito alcanzado en París con la obra *María del Carmen*. Formarán el programa las producciones en un acto *Un pis al Ensanche*, *Del ou al sou...*, *A ca la sonámbula* y *El mestre de minyons*.

***

CÓMICO.—Con buen pie ha empezado la temporada la Empresa de este hermoso y favorecido coliseo, pues con *Lirio entre espinas*, *La niña de las muñecas* y la recientemente estrenada con éxito *La suerte de Isabelita*, otro acierto de Martínez Sierra, con las que irán estrenándose, constituyen un cartel digno de todo elogio, interpretado por artistas de tanta valía como la Montoro, la Vilar, la Tornamira, Pepe Viñas, Pedrola, etc.

La Empresa, para poder satisfacer todos los gustos, cada lunes y cada jueves organizará funciones por la tarde, representándose las obras de mayor éxito.

***

APOLO.—A petición de un gran número de concurrentes que no pudieron asistir á las representaciones del celebrado drama en siete actos *Pecado de juventud*, la Empresa ha dispuesto para hoy y mañana las dos últimas representaciones del mismo irremisiblemente.

¿Es visible el alma?

En el hospital de Chicago ha realizado el doctor P. O'Donnell unos experimentos interesantísimos.

El citado sabio —según dice el *New York Herald*— sostiene que el cuerpo humano, mientras alienta en él un soplo de vida, se halla rodeado de una aureola luminosa que desaparece tan pronto como llega la muerte.

Para comprobar sus observaciones, el doctor O'Donnell, en presencia de varios médicos y por un procedimiento especial, ha fotografiado cinematográficamente á un moribundo, demostrando de este modo la presencia primero, y la desaparición, después, de la aureola en el instante de la muerte. También realizó varios experimentos con cuatro modelos de la Academia de Artes de Chicago. Los modelos, desnudos y cubiertos con una sábana, fueron sucesivamente conducidos á una cámara oscura. Allí quedaron despojados de su envoltura y, mediante cierto preparado químico —cuyo secreto se ignora—, apareció una débil claridad nebulosa que rodeaba la figura. Para demostrar á los médicos que no se trataba de una ilusión óptica, el doctor O'Donnell hizo venir á tres enfermeros del hospital —que ignoraban el experimento que estaba efectuándose— y les invitó á que observaran atentamente. Al principio no vieron nada; pero después uno de los médicos, como hacen los hipnotizadores, siguió con la mano á cierta distancia la forma del modelo. De pronto, uno de los enfermeros advirtió á través de los dedos del médico un tenue resplandor que circundaba el cuerpo.

O'Donnell dice que se trata de una atmósfera impalpable, invisible por sí misma, como todas las fuerzas; pero que se percibe por medio de la acción sobre el éter atmosférico.

Otros médicos aseguran que bien pudiera tratarse del alma, ya que ese resplandor ó aureola se desvanece en un moribundo y llega á desaparecer en el instante de la muerte.

Generosidad imperial.

El emperador de Austria José II, paseándose un día, solo, sin escolta ninguna, por el Prater, como tenía de costumbre, encontró una joven que no le conocía, que bajo el peso, sin duda, de alguna desgracia, se quejaba amargamente de su suerte, sin sospechar la proximidad de su imperial testigo. José II se acercó á ella, y le preguntó el motivo de sus penas, y ella al ver á un desconocido que parecía demostrarle interés y compasión, le contó con gran candidez sus desdichas; su padre, oficial en un regimiento, había muerto en defensa de la emperatriz, y su madre, sin recursos de ningún género, cayó en una gran miseria que la última época de carestía general había contribuido á aumentar. Hasta entonces se había ido sosteniendo gracias á su trabajo; pero este último recurso iba á faltarles también por la falta de compradores, cuyo número disminuía por momentos á causa de la escasez que reinaba, de modo que temía verse en breve reducida á la última necesidad. El emperador le preguntó si no habían recibido nunca auxilios del Gobierno.

—¿Por qué—dijo—no ha pensado en acudir al emperador?

—Dicen que es muy avaro—respondió la joven—; por eso no hemos querido dar un paso inútil.

El monarca aprovechó la lección. Dió á la joven algunos ducados y una sortija, diciéndola que él procuraría serle útil cerca de S. M., pues tenía el honor de estar á su servicio, é indicándole el día y la hora en que debían encontrarse ella y su madre en las habitaciones del emperador porque él estaría entonces de servicio y podría darles alguna buena noticia. Añadió que no tenía más que enseñar la sortija para ser admitida en el despacho de S. M. imperial, donde él se encontraría. La joven creyó haber hallado su ángel tutelar y no se equivocaba. Mientras participaba á su madre su feliz encuentro, el emperador, por su parte, instruyó las averiguaciones necesarias y todas confirmaron la relación de la joven. Esta no faltó el día y la hora señalados en el palacio imperial, junto con su madre, en la esperanza de ver á su bienhechor y entregarle la sortija. En efecto, pronto le reconoció; pero por el respeto y los homenajes de que era objeto adivinó también que era el mismo emperador José II. Recordó entonces lo que le había dicho respecto á su avaricia y palideció. El emperador la tranquilizó, anunció á su madre una pensión de los fondos de guerra, y dijo finalmente á la joven:

—Otra vez no desesperéis nunca de un corazón justo.

Siempre volviendo la espalda á Paolo, destapó la botellita y vació su contenido en un pañuelo.

Y rápidamente, con la celeridad del relámpago, Giorgio se volvió, asió por la garganta á su amigo y le colocó el pañuelo sobre la boca y bajo la nariz.

Paolo, sofocado y presa del espanto, no lanzó, sin embargo, ni un grito. Pero se debatía, se agitaba con extremada violencia.

¡Inútil!

Las manos de Giorgio parecían de hierro; con una de ellas continuaba oprimiendo la garganta de su amigo mientras con la otra le sujetaba el pañuelo sobre el rostro.

Después, cuando el joven perdió el conocimiento, le introdujo el pañuelo en la garganta.

Fué cuestión de pocos minutos.

Paolo dió una última sacudida, después estiró las piernas y los brazos y se puso rígido.

El rostro del infeliz joven estaba espantoso: los ojos abiertos, con las pupilas casi fuera de las órbitas, parecían amenazar al asesino.

Giorgio por un momento tuvo miedo y casi estuvo tentado de huir.

En pie ante el cadáver, horriblemente convulso, murmuraba:

—¡Soy infame, un infame! ¡He cometido un delito abominable! ¡Ah, mi pobre amigo!

Después se repuso un poco y agregó:

—¡Era necesario! ¿Por qué ha subido aquí esta noche?

Bebió dos vasos de vino y fué recobrando su perdida energía.

El cadáver fijaba aun en él los ojos atónitos.

Giorgio, presa de una especie de furor, sacó de un cajón de la mesa un largo y afilado cuchillo y lo hundió por dos veces en aquellos ojos, que le daban miedo.

Luego sacó el pañuelo de la garganta del muerto.

Una especie de gemido débil salió del pecho del cadáver. Y fué tal la impresión que recibió Giorgio, que se desvaneció.

III.

Pocos minutos después, cuando recobró el conocimiento, Giorgio lo recordaba todo.

Pero había recobrado su energía. Miró el cadáver sin espanto y después de tocarlo para convencerse de que estaba completamente rígido, se puso á desfigurarlo de un modo que nadie lo reconociera.

Su trabajo duró más de una hora, porque tenía que vestir al muerto con sus ropas y disponer las cosas de manera que se creyese que era él la víctima.

El golpe audaz le salió á las mil maravillas.

Nadie había visto entrar en aquella casa á los dos amigos, ni nadie vió salir á Giorgio.

Cogió las ropas de Paolo Marino.

Giorgio se dirigió á la casa de su amigo. Llevaba en el bolsillo la llave.

Eran las cuatro de la mañana. En la casa donde habitaba Paolo todos dormían; además, si alguno hubiese oído ruido en su alcoba no se habría preocupado.

Acostumbraba el joven retirarse á la mañana y no contaba nunca sus cosas á nadie.

Giorgio, que lo sabía, entró en la alcoba de Paolo sin cuidarse de si le oían.

Llevaba ya encima la cartera y las joyas de su víctima.

Sin embargo, esto no le bastaba. Registró toda la habitación de Paolo, llenó de ropa una maleta grande y después se marchó sin que nadie le molestara.

Giorgio partió aquella misma mañana para Génova; de allí, y siempre bajo el nombre de Paolo Marino, se embarcó para América.

En el nuevo mundo Giorgio, con el capital que tenía, emprendió varios negocios. Todos le salían bien.

Pero si reconquistaba la riqueza, no encontraba la paz del alma.

Sus noches eran horribles.

Tenía siempre ante la vista el cadáver de Paolo horriblemente deformado.

Y aquel cadáver á veces recobraba la vida y le decía:

—Te has convertido en mí mismo; pero no tendrás ya un momento de tranquilidad. Te atormentaré continuamente, hasta que, desesperado, me sigas á la tumba. Y también entonces estaré á tu lado para recordarte tu delito, para gozar con tus tormentos.

Giorgio no dormía ya.

El pasado no había muerto, como su víctima.

Cambió el nombre del asesinado por el de Lodovico Damiani.

Y comenzó á prodigar su inmensa fortuna en obras pías, de beneficencia. Así experimentó un fugaz alivio.

Giorgio había envejecido antes de tiempo.

Su elegante cuerpo se había encorvado; sus cabellos, como la barba que se había dejado crecer, eran blancos como la nieve.

¿Quién le habría reconocido?

Esta idea, arraigando en su mente, le sugirió el deseo de volver á Italia, á Turín, á ver á su hijo.

A este recuerdo una sensación dulcísima embargaba su alma.

¡Ya Fabio debía ser un hombre!

Y en las facciones de él encontraría las adorables facciones de Nadina.

Giorgio era artista por temperamento.

En sus ratos de ocio se entregaba á la pintura. Y los primeros retratos que hizo fueron los de Nadina y Renata, que le recordaban el uno el momento más feliz de su vida y el otro uno de sus más abominables delitos.

No, él no había olvidado nunca á la infeliz maestra por él tan infamemente ultrajada.

Veía siempre aquellas angelicales facciones alteradas por un indescriptible espanto, aquellos ojos que parecían maldecirle.

¿Qué habría sido de ella?

Giorgio quiso enterarse; aunque tarde, aun podría reparar en parte su delito.

Llegado que hubo á Italia, se dirigió á aquel solitario pueblo de la montaña á informarse. Pero nadie supo darle razón de Renata.

No obstante, se enteró de que la infeliz había sido vergonzosamente arrojada de aquellos lugares porque se había notado que estaba en cinta y no quiso decir el nombre de su seductor.

¡Qué espantoso remordimiento el de Giorgio!

¡A cualquier lado que mirase no veía más que víctimas!

¡La mano de Dios pesaba sobre él!

¡Ah! ¡Nunca pensó en lo desgraciado que sería cuando le llegase el día del castigo!

Al encontrarse al lado de su hijo, al verse amado por él, sintió que se calmaban momentáneamente las horribles perplejidades de su ánimo.

Giorgio no tenía ya más que un temor: que Fabio supiese quién era verdaderamente y se apartase de su lado con horror.

Pero una desventura más tremenda había de sucederle.

Giorgio iba á descubrir que aquella niña que tanto amaba y que le había sido robada era su nieta; que aquella Flora culpable y desventurada al mismo tiempo era su hija, la hija de Renata.

La impresión que Giorgio recibió al saber esto fué tan grande que, como sabemos, cayó desvanecido á los pies del conde de Alseno.

Este instintivamente se arrojó para levantarlo; mas, avergonzado de su debilidad, tocó el timbre y dijo al criado que compareció, indicándole á Giorgio:

—Este pobre hombre está muy malo. Tenía razón cuando pensé que no tenía el juicio completo. Después de una conversación incoherente por su parte, de repente vaciló y cayó á tierra. Hay que conducirlo con cuidado á su casa. Es pariente del abogado Fabio Roberti, que habita en el Borgo Dora. De cualquier manera, yo mismo iré á acompañarlo.

Una hora después el viejo se encontraba acostado en su lecho, asistido por Fabio. Lucía había ido á llamar al médico.

Giorgio cuando abrió los ojos reconoció á su hijo; mas en vano trató de hablar; el espanto, el dolor, habían paralizado su lengua.

Lágrimas ardientes, silenciosas, descendían de los ojos del viejo y caían sobre el corazón de Fabio.

Giorgio no recuperó ya el habla, como también se encontró imposibilitado de andar.

¡Y pensar que quería correr en busca de Vivetta y de Flora!

¡Cuánto, cuánto sufría!

Pero sus penas eran merecidas.

¡El había cometido con indiferencia toda clase de infamias!

¡Y ahora todo se volvía contra él!

Giorgio procuró escribir y Fabio leyó con sorpresa en el papel que el viejo había emborronado:

—Vé á casa de Flora, háblala de la niña y tráela aquí.

El abogado creyó que el viejo había sospechado, como él, que Flora, en su afán de venganza contra todos, hizo desaparecer á Vivetta.

Y sin más fué á casa de la cortesana.

El joven nunca se habría imaginado el efecto espantoso, cruel, de su revelación.

Flora se había vuelto loca.

Cuando relató á Giorgio lo sucedido, Fabio quedó aterrado al ver que el viejo se levantaba de improviso sobre su poltrona, lanzaba un grito inarticulado, ronco, y volvía á caer sin conocimiento, pálido como un cadáver.

Fabio le prestó los más afectuosos cuidados, olvidándolo todo para no pensar más que en aquel desventurado al que amaba como á un padre.

Se extrañaba, sin embargo, de que el viejo con aquellos sucesos recibiera golpes tan terribles, casi mortales. Y lo atribuía á la bondad infinita de su corazón.

Giorgio volvió á abrir los ojos, tornó á la vida; pero estaba como atontado, no reconoció á su hijo y cuando Fabio le habló de Vivetta se puso á reir como un muchacho.

Desde aquel día Giorgio no se movió más de su poltrona, no hablando nunca, permaneciendo horas enteras con los ojos fijos en el techo, sin ver más que las imágenes espantosas y horribles que durante tanto tiempo le habían atormentado y que volvían á atormentarle.

IV.

El intenso frío de la noche había helado el agua de los arroyos de los estanques; pero el cielo estaba sereno y la luna brillaba en el horizonte.

Por el camino que de Collegno desciende á Grugliasco, una mujer caminaba apresuradamente, volviéndose de vez en cuando, con ademán de terror, prestando atención como si temiera que la siguiesen.

Dos sombras aparecieron á cierta distancia de la mujer.

Esta, al divisarlas, lanzó un grito que más parecía de cólera que de espanto y se puso á correr á través de los campos con paso rápido y seguro.

Parecía que no sintiese el frío aunque llevaba la cabeza descubierta y no vestía otra ropa que el uniforme de los locos recluídos en Collegno, en la antigua Cestosa.

Las dos sombras, que eran dos guardianes del lúgubre establecimiento, la alcanzaron enseguida y trataron de detenerla.

La mujer lanzó otro grito agudísimo y quería seguir corriendo. Pero tuvo la desgracia de resbalar y cayó de bruces á tierra.

Entonces los dos hombres se la echaron encima y, sin darla tiempo para levantarse, la amarraron sólidamente los brazos.

En vano la mujer gritaba y se debatía; los dos hombres eran más robustos que ella y la tenían bien asida.

Después, levantándola en vilo, la dijeron:

—¡Vaya, camina!

—¡No, no quiero volver allá, no estoy ya loca!—gritaba la desgraciada.

—Eso ya lo veremos.

La mujer, comprendiendo sin duda que en aquella lucha llevaría la peor parte, acabó por inclinar la cabeza y seguir dócilmente á sus guardianes.

Aquella mujer era Flora.

En tres años que había estado recluída en el manicomio de Collegno, no había dado ninguna señal de razón.

Pasaba los días, ora presa de sopores tan pesados que la ponían insensible á todo; ya furiosa, delirante, presa de alucinaciones espantosas que la producían violentas convulsiones y hacían necesaria la camisa de fuerza.

Una circunstancia horrible debía devolverla la razón.

Un día que, algo tranquila, había bajado al jardín con otras alienadas, Flora se encontró de repente enfrente de una de ellas, una joven enloquecida por los celos.

Esta miró á la ex institutriz y pareció sorprendida de su belleza, que los dolores y la locura habían apenas alterado ligeramente.

Y de improviso, antes de que nadie pudiera evitarlo, presa de repentino furor, se arrojó sobre Flora gritando:

—¡Ah! ¡Eres tú la que me has robado á mi Alberto! ¡Eres más bella que yo, pero te desfiguraré!

Flora había caído al suelo y la otra loca, encima de ella, la clavaba las uñas en el rostro y la mordía.

Flora en vano trataba de escapar á aquella furia.

La loca, que tenía músculos de acero, puso una rodilla sobre el pecho de la desventurada, la sujetó los brazos y la asió la nariz con los dientes.

Un grito desgarrador escapó de los labios de Flora.

Cuando los vigilantes acudieron á separarlas, encontraron á la ex institutriz desvanecida, con el rostro horriblemente deformamo, sanguinolento.

La otra la miraba y sonreía despiadadamente, masticando con tranquilidad el trozo de carne que la había arrancado de la nariz y murmurando:

—Ahora Alberto no te mirará más; estás más fea que yo.

Flora fué llevada á la enfermería, donde permaneció dos meses. La herida de la nariz se cicatrizó; pero la joven no recobró aquella belleza que le había sido tan fatal.

Estaba irreconoscible y despertaba cierta repugnancia con aquella nariz tan mutilada que la deformaba todo el rostro.

Flora fué presa de una fuerte fiebre; pero cuando recobró el conocimiento recobró también la razón.

Entonces miró á su alrededor, sin conocer el lugar en que se encontraba.

—Es extraño—pensaba—. No me acuerdo de haber estado aquí.

Trató de coordinar sus ideas y poco á poco se fué descorriendo el velo que oscurecía su mente.

Había recobrado la memoria y con ella volvía á sentir las más atroces angustias.

Recordaba perfectamente su última conversación con Fabio.

Flora sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—¡Qué mala madre he sido!—exclamó—. ¿Por qué no habré muerto?

Después pensó que quizás la pequeñuela vivía aún; que aquel hombre desconocido no habría cumplido el atroz encargo de madama Peila.

—¡Quiero encontrar á ese hombre!—exclamó en voz alta.

Trató de abandonar el lecho y una enfermera corrió á sujetarla.

Flora la miró con estupor.

—Déjeme; quiero salir de aquí.

—Lo hará cuando lo ordene el médico.

—Pero yo no estoy enferma y no sé por qué me encuentro aquí en vez de hallarme en mi casa.

—Ya volverá á ella; pero ahora estése tranquila, porque de lo contrario la pondríamos la camisa de fuerza.

Flora lanzó un grito.

—¿La camisa de fuerza?—repitió—. ¡Pero esto se pone á los locos!

La enfermera sonrió.

—¿Y usted, infeliz, cómo está?

—¿Loca yo?... ¡Lo estará usted!... ¿Dónde me encuentro?

—Cálmese, cálmese; aquí viene el médico.

Los ojos de Flora brillaron.

Por último, tendría una explicación de lo que sucedía.

Aun el médico no se había acercado al lecho cuando la infeliz le gritaba:

—¿Es cierto, doctor, que no puedo irme de aquí? Pero ¿por qué?

—Calma, hija mía; se halla usted muy enferma; pero hoy veo con placer que se encuentra mejor.

—No comprendo. Una vez más le ruego me diga qué ha sucedido y dónde me encuentro.

—En la enfermería por culpa de aquella compañera suya, que la dejó una señal imborrable.

El estupor de Flora llegó al colmo.

—Déjeme que la mire la cicatriz.

Flora se llevó maquinalmente la mano al rostro y comprendió una parte de la verdad.

—¡Deformada! ¡Deformada!—murmuró.

—Sí, pobre hija mía; pero aquella desventurada ha sido castigada duramente.

—¿Y yo qué la hice?

—Nada; pero se debía prever que al encontrarse con usted, que era tan bella como era, despertaría toda su furia.

—¡Oh! ¡Es horrible! Mas ¿dónde estoy yo, pues? ¿Cuánto tiempo hace que me encuentro en este lugar?

—Tres años.

—¡Tres años! ¡Tres años!—repitió la joven maquinalmente.

Después, con una exclamación feroz:

—No es posible; me engaña—dijo.

El médico ya no la respondió; después de murmurar algunas palabras al oído de la enfermera, se fué.

Flora, tendida en el lecho, pensaba.

Y de deducción en deducción, conoció la verdad.

Había sido recluída en un manicomio y se hallaba en la enfermería después de una lucha violenta con otra alienada.

Ella había sido la lesionada.

Pero ¿qué la importaba ya su belleza?

Flora no pensaba más que en su hija.

Dos días después que pudo dejar el lecho fué conducida á una habitación cuya ventana estaba provista de gruesos barrotes de hierro.

—¿Por qué han puesto estos hierros?—preguntó Flora.

—Para que no se le ocurra saltar por la ventana.

—¡No estoy loca! ¡Quiero irme por la puerta! ¿Me obligarán á permanecer aquí estando curada?

—Esto no le toca á usted decidirlo.

Flora fué presa de un acceso de ira.

—¡Quiero irme!—exclamó con acento de mando.

El vigilante se encogió de hombros y la dijo:

—La aconsejo que no haga tonterías, porque redundarán en perjuicio de usted.

Durante cuatro días Flora permaneció encerrada en aquella estancia, negándose á comer.

Después comprendió que no era aquella la manera de demostrar que había recobrado la razón.

Y comenzó á fingir, pensando entretanto en los medios de escapar.

Pero su primera tentativa fracasó, como hemos visto.

Flora fué conducida de nuevo al manicomio.

La rabia que sintió fué tal que se abandonó de nuevo á excesos extravagantes, haciendo creer verdaderamente que no estaba en su juicio.

Los siguientes días Flora se mostró más tranquila; únicamente se encerró en un completo mutismo; pero su mente trabajaba.

Su fuga de aquel lugar se había convertido en una idea fija, persistente.

No se había desanimado por su primer fracaso.

Sin embargo, quiso primero hablar al director del establecimiento para que la devolviera la libertad.

Solicitó de él una audiencia y fué atendida.

La joven se presentó al director tranquila y sumisa.

—Vengo á preguntarle—dijo en tono respetuoso, pero firme—por qué se me retiene aquí estando curada.

—Lo parece.

—No, no, lo estoy. Lo recuerdo todo. El anuncio de una desgracia me hizo enloquecer. Lo que no sé es quién me hizo recluir aquí.

El director la miraba atentamente.

—Ha sido su tía.

Flora se estremeció; recordaba en aquel momento que ella para el mundo era Emma Peila.

El abogado Fabio no había hablado. ¿Por qué se iba á descubrir ella?

—Pues bien—respondió—; escriba á mi tía que venga á buscarme; quiero volver á su lado. ¿No ha venido nunca á verme?

—Dos veces en los primeros meses; pero siempre ha pagado puntualmente su pensión.

—Razón de más para decirla que estoy curada.

Sus precisas respuestas parecieron convencer al director.

—Se hará como usted desea—dijo.

Aun transcurrieron otros quince días sin que la posición de Flora cambiase.

Pero se comprendía que también los médicos estaban persuadidos de su curación y no había ya motivo para retenerla allí.

Una mañana, Flora estaba conversando con un vigilante que ya la trataba como persona sana, cuando en el fondo del vasto corredor apareció el director del establecimiento en compañía de una vieja bastante bien vestida.

Era madama Peila.

Flora la reconoció enseguida y corrió á su encuentro.

Cuando estuvo á pocos pasos de ella oyó al director que decía:

—Aquí está su sobrina.

Madama Peila miró á Flora y retrocedió espantada.

—¿Ella? ¡Oh, no es posible! ¡Dios mío, qué horror!

—¿Estoy tan deforme que no me reconoce?—preguntó con sorpresa la joven.

El ladrón que resucitó.

Hace muchos años en Orleans fué condenado á muerte en el tormento de la rueda un salteador de caminos, y como careciese de parientes ó amigos que reclamasen el cadáver, el verdugo se lo entregó á un médico para que se lo llevase al anfiteatro anatómico y diese una conferencia. El pobre ejecutado tenía rotos los brazos y las piernas; pero no obstante esto, al examinar el cuerpo el médico notó que el muerto volvía á la vida; y merced á ciertas medicinas que le administró, la víctima recobró el uso de la palabra.

Compadecidos de los sufrimientos del ladrón, el médico y sus discípulos resolvieron intentar su curación; pero se hallaba tan destrozado que fué preciso amputarle las piernas por el muslo y uno de los brazos, á pesar de lo cual y de la consiguiente pérdida de sangre, logró curarse. Accediendo á sus deseos, una vez repuesto, el médico le llevó en un carro á cincuenta leguas de Orleans, donde, según dijo, pensaba ganarse la vida pidiendo limosna.

Colocado en el borde del camino, en la linde de un bosque, excitaba la compasión de todo el que veía su deplorable condición, y como había sido soldado en su juventud, pasaba por un soldado que había perdido las piernas á consecuencia de un disparo de cañón.

Una vez pasó por allí un ganadero que volvía del mercado de vender ganado, y, compadecido del mendigo, le echó una moneda de plata.

—¡Ay!—exclamó el antiguo ladrón—. No puedo alcanzarla. Como veis, carezco de brazos y piernas. (El brazo que le quedaba lo tenía escondido detrás de la espalda.) Haced el favor de echármela en el bolsillo.

El ganadero se acercó, y al agacharse para coger la moneda vió una sombra en el suelo que le obligó á alzar la vista y se encontró con que el mendigo tenía levantado el brazo y esgrimía una barra de hierro.

El ganadero paró el golpe, y, cogiendo al ladrón, lo puso en su carro y lo llevó al pueblo más próximo, donde lo entregó al juez.

Al registrar al mendigo se le encontró un silbato en el bolsillo, lo cual despertó sospechas de que tuviese cómplices en el bosque, y enseguida mandó el juez que fuesen unos guardias al sitio donde media hora antes se había intentado cometer el asesinato del viandante.

Los guardias se escondieron tras de los árboles y tocaron el silbato, cuyo sonido era extraordinariamente agudo y penetrante, y en el acto se oyó otro silbido semejante debajo de tierra y aparecieron tres hombres entre unas matas. Los guardias los mataron á tiros y luego encontraron, registrando el matorral, una bajada que conducía á una grande cueva, en la que hallaron tres muchachas y un muchacho. Este, que apenas tendría doce años, era hijo de uno de los ladrones. Las muchachas declararon que llevaban cerca de tres años viviendo en la cueva, á la cual habían sido conducidas á la fuerza y apenas habían visto la luz del sol desde que estaban secuestradas.

Esta vez el mendigo asesino fué condenado á nueva rueda y luego á ser quemado por temerse que volviera á resucitar.

N.

La carga del abuelo.

En lo alto del monte y en medio de sus heredades, frente al mar, el caserío Idurre alza sus ennegrecidas paredes.

La mañana es hermosa, de estío, y el sol brilla en un cielo azul por donde ruedan nubes blancas. Por el estrecho y empinado caminejo que al caserío conduce sube un hombre de alguna edad, vestido á lo señor, con un traje negro de alpaca y un tostado sombrero jipijapa. Lleva en la mano una varita que debió cortar en el camino y en el pie derecho calza una mohosa espuela. Tras él un muchacho, metidos los pies en sucias alpargatas, trae de las riendas un caballo de poca alzada.

Por fin, tras un repecho rocoso que hizo jadear el pecho del caminante de más edad, llegaron ante la puerta del caserío. El hombre se entró en la casa sin llamar, mientras el muchacho se metía en el establo con el caballo, atándolo en un pesebre vacío, cerca del que ocupaban las vacas. Volviéronse todas á mirarle, extrañadas; una de ellas, que tenía el ternerillo pegado á las ubres, lanzó un mugido lastimero, y después las cuatro que había inclinaron sobre el pesebre sus cabezas y continuaron rumiando las verdes hojas del maíz.

instalado el caballo, el muchacho entró en el caserío.

En la cocina, al lado de la lumbre donde se cocía la leche con las sopas de borona, dos hombres jóvenes permanecían callados. Cerca de ellos una vieja, la abuela, con las lágrimas en los ojos, miraba al fuego mientras sus dedos hacían girar instintivamente la rueca del huso.

De lo alto, por el hueco de una escalera de madera, bajaba confuso un aquelarre de voces de mujer.

En el cuarto de arriba, una alcoba pequeña con una cama de madera como ahumada, colgaban del techo trenzadas las mazorcas del maíz. Incorporado en el lecho, entre algunos almohadones, Pello Antón, el abuelo del caserío Idurre, esperaba tranquilo los últimos minutos de su vida. Junto á la cama, el médico viejo de Motrico examinaba el pulso del paciente y miraba con atención su tostada faz, en cuyas arrugas aparecía escrita la historia completa de la laboriosidad de un hombre.

Muchos eran los años que tenía Pello Antón; mucho también el tiempo que llevaba enfermo. Primeramente dejó de salir á tomar el sol delante del caserío, quedándose junto á la lumbrarada del hogar; luego fué ya el lecho el que lo retuvo, y allí se estaba quieto, silencioso, abandonado, al tiempo que la abuela hilaba bajo el árbol de la pradería, la nuera trajinaba en la cocina y su marido trabajaba en la heredad con las vacas, llevando á uno de sus chicos delante de la pareja uncida, con la aijada al hombro.

Mas un día el enfermo pareció empeorarse y mostró deseos de ver á su hijo ausente. Josse Mari, el mayor, mandó recado donde Chomín, que vivía en un caserío cerca de Astigarribia, el cual llegó al momento con su mujer, conviniendo los dos matrimonios en que no había más remedio que enviar á Motrico en busca del médico, como así se hizo.

—Don Miguel... ¿ya estuvo donde el padre? —preguntó el casero al facultativo cuando descendió á la cocina, seguido de las mujeres.

—Sí, de allí bajo—contestó aquél.

—Y, ¿qué le parece, pues, de su mal? Esta vez mala cara trae...

—Por ahora no es posible decir nada. Cosa de pronto no me parece que sea. En fin, ya veremos...

—Ver, sí, ya veremos con tiempo. Cosa chiquita no debe estar. años se tiene...

—Sí, muchos años.

—Más de ochenta—apuntó Chomín—. También mucho trabajo se hizo.

—Trabajo, sí—añadió Josse Mari—; también mucho tiempo que tomó mal.

—Estas enfermedades son largas—dijo el médico—; pero son las últimas. Pello Antón estaba bien agarrado á la vida, y cuesta mucho arrancar las raíces.

—Pero... ¿decir ahora algo no puede?—preguntó Josse Mari.

—Hombre, no es cosa que corra. Hasta mañana, pues.

—Hasta mañana—contestaron todos, menos la mujer del casero, que había salido no se sabe dónde.

A la puerta, tenido de la brida por el muchacho, esperaba el caballo. Montó el médico y marchó al paso monte adelante, camino de Motrico. Al volver un maizal le salió al encuentro la nuera.

—Diga, don Miguel, ¿seguro es que el mal del abuelo se durará mucho?

—Seguro, no—contestó el médico extrañado por la pregunta—; pero sí probable.

—¡Ay, Jesús, cuánta paciencia necesitar pues! Mal año, mañana poca y luego abuelo cansar mucho la casa; así, pues, mala esperanza quedar...

—Adiós, mujer—dijo el médico arreando su cabalgadura.

—Con Dios, don Miguel—contestó la casera.

Y el médico, no muy ducho en filosofías, dejó, sin embargo, divagar ampliamente su intelecto mientras se acercaba á Motrico siguiendo un camino que atravesaba un bosque de copudos castaños.

¡Cansar la casa! Expresión de una ruda crudeza, de un hondo realismo, de una inhumanidad que vive y germina bajo el sedimento de las ideas cristianas. Raíz al aire de un egoísmo muy humano, que manifestaba su protesta contra el lento consumirse de una carga, contra la inutilidad de una vida.

Y el médico, dejando de pensar en estas cosas, extendió sus miradas por la vasta llanura del mar. El Cantábrico estaba tranquilo; frente á Iciar unas cuantas barcas se hallaban pescando y por la raya del horizonte un vapor cruzaba dejando en el cielo una estela de humo.

J. García Mercadal.

Servicio telegráfico y telefónico

de nuestros corresponsales.

Madrid, provincias y extranjero.

Militares.

Madrid, 4 Diciembre.

En la propuesta reglamentaria de este mes los ascensos de infantería comprenden cuatro tenientes coroneles, nueve comandantes, 12 capitanes y 16 primeros tenientes.

El *Diario Oficial del Ministerio de la Guerra* publica una circular autorizando á los capitanes generales para conceder licencias á jefes, oficiales, sargentos, cabos y soldados en el número que permitan las necesidades y servicios desde el 10 del actual hasta el 20 de Enero.

Los estudiantes sevillanos.—Campaña antituberculosa.

Sevilla.—Han marchado á sus pueblos la mayoría de los estudiantes. Estos continúan en huelga. Algunos de la capital intentaron entrar en clase, impidiéndolo sus compañeros.

Orense.—El Colegio de médicos se ha reunido para tratar del Congreso antituberculoso que se celebrará en San Sebastián. Acordóse emprender una activa campaña antituberculosa, rogando á los municipios que consignen cantidades para combatir el mal.

EXTRANJERO

Servicio especial de la AGENCIA HAVAS.

Catalán desbalijado por *apaches* de París.

París, 5 (6'48).

Los periódicos dan cuenta de que ayer mañana un joven español de 19 años llamado Manuel Pujol fué hallado por uno de sus amigos atado, amordazado y medio ahogado sobre la cama del cuarto que ocupa en el hotel de la calle de Roquepine, donde había entrado de madrugada con otros tres individuos que acababa de conocer en una casa de placer de Montmartre, en la cual había pasado la noche, y los cuales le pusieron en aquel estado para desbalijarle completamente. Manuel Pujol, según parece, vive en la calle de las Cortes, número 300, de Barcelona, donde sus padres se dedican al comercio. Dió las señas de sus agresores, á los que la policía busca activamente.

La infanta y la Prensa.

París, 5 (6'50).

Le Figaro, hablando de la cuestión suscitada entre don Alfonso y la infanta doña Eulalia, dice que ésta se aleja considerablemente del tipo de las infantas para acercarse al de Luisa Michel y al de las teorizantes feministas escandinavas. Sus doctrinas son simplistas, prácticas y cómodas, sobre todo respecto á las obligaciones que nos molestan y amargan nuestra vida.

Las próximas negociaciones.

París, 5 (6'55).

Le Matin dice que las negociaciones franco-españolas empezarán tan pronto como esté ratificado el tratado franco-alemán. Se emprenderán con el más amigable deseo

y con la seguridad de llegar á un acuerdo, deseando conservar la amistad de España y respetar el espíritu del tratado anterior. No se hará ninguna amenaza, ni se pedirá á España nada contrario á su dignidad.

ULTIMOS PARTES.

La «Gaceta».

Madrid, 5 Diciembre (10 mañana).

La *Gaceta* publica:

Decreto autorizando al Ayuntamiento de Barcelona para la modificación de las líneas de la calle de Casanova, frente al Hospital Clínico, entre las de Valencia y Córcega en la forma propuesta por el rector de la Universidad de la indicada capital; disponiendo se expida un libramiento de 7,000 pesetas á favor del pagador de la Dirección General de Prisiones para satisfacer los ahorros que correspondan á los penados de Ceuta; disponiendo que mientras no se llegue á un acuerdo con las Diputaciones de las Vascongadas y Navarra se prosiga la aplicación en ellas de las reformas establecidas en los decretos de 25 de Febrero y 25 de Agosto del corriente año relativos á los maestros; disponiendo se proceda á la unificación de sueldos de los maestros en la forma prevenida en el artículo tercero del real decreto de 25 de Febrero último y la regla novena de la real orden de 31 de Marzo siguiente; anunciando concurso para proveer la plaza de archivero del Ayuntamiento de Palma de Mallorca; disponiendo que se considere á don Antonio del Campo y Coria Cano admitido á las oposiciones á la cátedra de Geografía é Historia de la Escuela Superior de Comercio de Barcelona.

El *A B C* rascándose.

El *A B C*, contestando á un suelto que publicó EL DILUVIO relativo á su información gráfica, dice que ha recibido una carta de su representante en Barcelona en la que le dice que ha dirigido otra al director de EL DILUVIO protestando contra ciertas frases y ciertos conceptos que con el título de «La información gráfica» inserta el periódico barcelonés. Contesta el *A B C* diciendo que, en primer lugar esa fotografía es auténtica, pues nuestro representante en Barcelona—añade—lo demuestra con hechos. Dice así:

«La fotografía está tomada desde la desembocadura de la calle de Fernando y al fondo se ve el quiosco que hay frente á la calle de la Unión; á la izquierda se ve un letrero en idioma extranjero, que parece estar en un balcón, que es de la parte superior de un tranvía.»

Luego añade:

«Delante de la Redacción de *El Liberal* estaban situados los estudiantes cuando intencionada ó casualmente se verificó la disolución por medio del manguero que representa la fotografía y, por lo tanto, nuestro epígrafe no dice ninguna falsedad.»

En esta casa no se acostumbra á inventar la información gráfica, pero hasta llegando á la suposición de que nuestra fotografía resultara imaginativa, no creemos justificado el empleo de frases mortificantes y de conceptos injuriosos que demuestran una vez más que, para cierta clase de gente, la democracia y la descortesía son una misma cosa, y menos justificaría el recuerdo de nuestra campaña patriota, honra de los que la iniciamos y de todos los periódicos que la secundaron favorablemente.

Termina devolviendo á EL DILUVIO con igual energía y en la misma forma destemplada sus frases y conceptos.

***

Aquí, señor *A B C*, no entra para nada el patriotismo, ni vienen á cuento esas huídas por la tangente, ni esas bravatas de melodrama barato. Nosotros estamos ciertos de que no hubo disolución por las mangueras, ni delante de *El Liberal*, ni en parte alguna. Nada tiene que ver la democracia con la verdad de la información á que esta vez, como otras, puede haber faltado abiertamente el *A B C*.

Bolsín mañana.

Interior, 85'87 dinero; Nortes, 96'15 dinero; Alicantes, 94'75 dinero.

Imprenta de EL PRINCIPADO, Escudillers Blanchs, 3 bis, bajo.